

EL
NACE EL ANTICRISTO
SURGIMIENTO
ANTES DE QUE FUERAN DEJADOS ATRÁS

TIM LAHAYE

JERRY B. JENKINS



Tyndale House Publishers, Inc.
CAROL STREAM, ILLINOIS

Visite la emocionante página en la red informática de Tyndale: www.tyndale.com

Descubra lo más reciente acerca de la serie *Dejados atrás* en www.dejadosatras.com

TYNDALE es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

Dejados atrás es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

La pluma del logotipo de Tyndale es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

Derechos reservados © 2005 por Tim LaHaye y Jerry B. Jenkins. Todos los derechos reservados.

Fotografía del niño de la portada por Michael Hudson. Derechos reservados © por Tyndale House Publishers Inc. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada de la llama, derechos reservados © por Photodisc. Todos los derechos reservados.

Fotografía de los autores derechos reservados © 2005 por Brian MacDonald. Todos los derechos reservados.

Diseño por Julie Chen y Jessie McGrath

Publicado en asociación con la agencia literaria de Alive Communications, Inc.
7680 Goddard Street, Suite 200, Colorado Springs, CO 80920

Traducido al castellano por Mireya E. Ponce de Clarke y Kevin J. Clarke

Referencias bíblicas tomadas de las siguientes versiones: *La Biblia de las Américas y Dios Habla Hoy*.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

LaHaye, Tim F.

[Rising. Spanish]

El surgimiento / Tim LaHaye, Jerry B. Jenkins.

p. cm.

ISBN-13: 978-1-4143-0896-8 (pbk.)

ISBN-10: 1-4143-0896-5 (pbk.)

1. Steele, Rayford (Fictitious character)—Fiction. 2. Rapture (Christian eschatology)—Fiction.

3. Antichrist—Fiction. I. Jenkins, Jerry B. II. Title.

PS3562.A315R5718 2005

813'.54—dc22

2005024493

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

10 09 08 07 06 05
8 7 6 5 4 3 2

DESPUÉS DEL SIGLO VEINTE

Prólogo

La luz del sol atravesaba la pantalla antideslumbrante de la cabina del avión que Raimundo Steele piloteaba, provocándole que tuviera que entrecerrar sus ojos a pesar de que tenía puestas sus gafas oscuras de piloto.

—¡Ay! ¿Cuánto tiempo lleva eso así?, —exclamó su copiloto, Cris Smith, señalando con el dedo hacia la pantalla.

Raimundo protegió sus ojos con la mano y miró hacia la pantalla de instrumentos, en la cual se veía el mensaje: «MOTOR #1 FILTRO DE ACEITE». (La presión del aceite era normal, aun para el mencionado motor, el de la extrema izquierda del avión.)

—Por favor, lista de control para el filtro de aceite del motor número uno, —dijo Raimundo.

Cris buscó el manual de emergencia en el bolsillo del lado derecho. Mientras buscaba la sección indicada, Raimundo tomó el diario de mantenimiento, el cual debió haber sido revisado antes de salir de Chicago y partir hacia Los Ángeles. Lo leyó a toda velocidad y, ciertamente, el motor número uno había necesitado un cambio del filtro de aceite en Miami, antes del viaje al aeropuerto O'Hare de Chicago. Ya se habían detectado fragmentos metálicos en el filtro usado. Sin embargo, debieron haber estado dentro de los límites aceptables, ya que el mecánico en Miami había firmado la nota en el diario dando su autorización para que fueran a Chicago. El avión había llegado sin problema alguno a Chicago.

—«Baje lentamente el nivel de empuje hasta que no se vea el mensaje» —leyó Cris.

Raimundo así lo hizo y luego revisó la pantalla. Los motores ya estaban en marcha lenta, pero el mensaje no desaparecía.

—El mensaje aún no se apaga. ¿Ahora qué hacemos? —preguntó Raimundo, luego de una pausa.

—«Si el mensaje: MOTOR FILTRO DE ACEITE sigue visible luego de haber cerrado la palanca de empuje, entonces, APAGUE EL INTERRUPTOR DEL CONTROL DE COMBUSTIBLE».

—Confirmación para apagar el interruptor del número uno —solicitó Raimundo, alistándose para apagar el interruptor y seguir las instrucciones.

—Confirmado.

Con un suave movimiento, Raimundo ejecutó el procedimiento mientras aumentaba la presión en el pedal que controlaba el timón de la dirección. Se apagó el motor número uno y el obturador automático aumentó el poder en los otros tres motores. La velocidad disminuyó, pero Raimundo dudaba que los pasajeros se hubieran dado cuenta de esto.

Él y Cris determinaron una nueva altitud. Raimundo mandó a su copiloto a que se comunicara con el control de tráfico aéreo en Albuquerque para obtener autorización para descender a 9.700 metros. Entonces programaron un transpondedor para advertir a cualquier otro avión en el área de que ellos no podrían ni ascender ni moverse debidamente, en caso que hubiera un conflicto de trayectoria.

Raimundo estaba seguro de que ellos llegarían al aeropuerto de Los Ángeles sin más inconvenientes. Se dio cuenta de la tensión en su pie derecho y recordó que tenía que aumentar la presión para balancear el empuje desequilibrado de los tres motores que aún funcionaban. *Vamos, Raimundo, pilotea el avión*, pensó.

Luego de Raimundo informar a la aerolínea Pan-Continental de la situación, el despachador le advirtió que debía estar muy alerta debido a la poca visibilidad cerca de Los Ángeles.

«A medida que se vaya acercando, debe observar con cuidado las condiciones del clima», le advirtieron.

Raimundo anunció a los pasajeros que había apagado el motor número uno, pero que esperaba un aterrizaje de rutina al llegar a Los Ángeles. Sin embargo, mientras el avión iba descendiendo, pudo darse cuenta de que el margen de poder había aumentado. No quería tener que dar la vuelta alrededor del aeropuerto, ya que cambiar de una marcha lenta a otra marcha, a toda velocidad, con tan solo tres motores, iba a forzar mucho el timón de la dirección hasta lograr equilibrar el diferencial del empuje.

Los pilotos informaron a la torre de control del aeropuerto de Los Ángeles acerca del asunto del motor. Esta le dio autorización al inmenso avión de Pan-Continental para que se preparara a aterrizar. A los 3.000 metros, Raimundo comenzó a revisar los datos para el descenso.

—Frenos automáticos —dijo Cris.

—Aterrizaje en tres puntos —respondió Raimundo.

En el aeropuerto, el equipo de control de aproximación pasó el control a la torre, la cual dio autorización a los pilotos para aterrizar en la pista número 25 de la izquierda, y les informó de la velocidad del viento y también del alcance visual de la pista.

Raimundo encendió las luces de aproximación y pidió a Cris que cerrara el ángulo del timón de la dirección a cero. La presión por debajo del pie de Raimundo aumentó. Mientras cambiaba la distribución de la potencia, a fin de nivelar la presión del timón de la dirección, tendría que poner muchísima atención en el funcionamiento de los obturadores automáticos. Jamás había enfrentado un aterrizaje tan difícil y para colmo, el clima tampoco era favorable. Una neblina leve no le permitía ver con claridad la pista.

Raimundo y Cris continuaban adaptando la velocidad para equilibrarse con las posiciones de las aletas. A fin de reducir la velocidad del avión, seguían controlando las reacciones de los obturadores automáticos al disminuir el poder.

—Intercepción de la inclinación de planeación. Aletas 30 grados. Listos para aterrizar —dijo Raimundo, poniendo el indicador de velocidad a 148, la velocidad final apropiada para una aproximación con las aletas a 30 grados y con tanto peso como el que llevaban.

—Tren de aterrizaje —dijo Cris, siguiendo las órdenes mientras tomaba la lista de control.

—Extendido —contestó Raimundo.

—Aletas.

—Treinta.

—Frenos de velocidad.

—Cargados.

—Completada la revisión del procedimiento de aterrizaje —respondió Cris.

El avión podría aterrizar sin intervención humana pero, por cualquier imprevisto, Raimundo quería estar en control. Le sería más fácil estar piloteando el avión en lugar de tener que asumir el control si se viera forzado a apagar de repente el piloto automático.

—Tenemos coordinada la aproximación final —afirmó Cris.

—Piloto automático, apagado —confirmó Raimundo. En el momento en el que apagó el piloto automático y los obturadores se escuchó una fuerte alarma.

—300 metros —contestó Cris.

—Recibido.

Ya que se encontraban volando entre las nubes, lo más probable era que no iban a poder ver tierra firme hasta que estuvieran a punto de aterrizar.

Una voz mecánica anunció: «150 metros». La misma voz volvería a anunciar regresivamente los quince metros, los diez, los siete y los tres metros. Quedaban noventa segundos para aterrizar.

De pronto, Raimundo oyó una transmisión desde la torre: «Negativo, US Air 21.. No tiene autorización para despegar».

—Recibido, torre— se escuchó la respuesta—. Su comuni-

cación tiene interferencia. Entendemos que sí tenemos autorización para despegar.

—¡Negativo! —exclamó la torre—. ¡Negativo, US Air 21! ¡No tiene autorización para tomar pista!

«Quince metros», anunció la voz mecánica. «Diez metros». El avión que Raimundo piloteaba apareció de entre las nubes.

—¡Da la vuelta, capitán!, —gritó Cris.— ¡Un avión 757 está saliendo a la pista! ¡Da la vuelta! ¡Da la vuelta!

A este punto, a Raimundo le parecía imposible no estrellarse con el otro avión. Era increíble todo lo que alcanzó a contemplar en el poco tiempo que le quedaba de vida. Se imaginaba con claridad a su familia y a la tristeza que estaban por pasar y se sintió culpable por estar dejándoles. Pensó en los pasajeros de su avión y en la tripulación. ¡Y también en los del avión de US Air!

Casi en cámara lenta miró hacia la consola de instrumentos. Vio un punto rojo en medio de la pantalla junto a un dos negativo. La voz mecánica seguía dando sus alertas, Cris seguía gritando y también la torre lo hacía por la radio: «¡Elévense! ¡Elévense! ¡Elévense!»

—¡Dios, ayúdame! —exclamó Raimundo mientras golpeaba los botones en los obturadores dos veces para lograr la máxima potencia.

—¡Amén! ¡Ahora, pilotea! —respondió Cris Smith.

—¡Aletas, veinte! ¡Aumenta la potencia! ¡Eleva el tren de aterrizaje! —exigió Raimundo al sentir que, aunque su descenso iba disminuyendo un poco, aún no era suficiente. Raimundo imaginó el horror de los pasajeros del avión US Air.

¡Las manos del copiloto Smith volaban, pero la distancia se iba acortando de un modo espantosamente acelerado!

De repente, el avión se tambaleó y se volteó un poco hacia a la izquierda, los tres motores que aún estaban funcionando causaron un pequeño deslizamiento. Raimundo no había nivelado bien el timón de la dirección. Si no lo hacía de inmediato, la punta del ala chocaría contra el suelo. Medio

segundo era todo lo que les separaba de la cola del avión de US Air, que era tan alta como un edificio de cuatro pisos. Raimundo cerró los ojos y se preparó para el impacto. Oyó un griterío de obscenidades proveniente de la torre y de Cris. *¡Qué manera de despedirme de este mundo!*, pensó.

VEINTICUATRO AÑOS ANTES

U N O

LA RELACIÓN de Marilena Titi y de Sorin Carpatia estaba basada en varios aspectos, excepto en la pasión física del uno por el otro. Desde luego, habían tenido —como se diría vulgarmente en el mundo occidental— sus «buenos momentos». Pero desde el tiempo en que había sido una de las estudiantes de Sorin —y más tarde su auxiliar en la Universidad de Rumania en Bucarest—, ella lo había encontrado atractivo principalmente por sus cualidades intelectuales.

La verdad sea dicha, y ella lo sabía, era que los dos eran más bien poco agraciados. Él era bajo de estatura, delgado y de aspecto magro. Poseía una melena pelirroja, rizada y espesa, la cual —a pesar de su aversión hacia los cortes de cabello— ya no era suficiente para disimular los indicios de calvicie que cada vez eran más evidentes.

Ella era de complexión gruesa y de aspecto sencillo. Se abstenía de usar maquillaje, esmalte en las uñas y de arreglarse su cabellera negra. Sus colegas bromeaban e insinuaban que las ropas simples y pasadas de moda y los zapatos —de estilos más bien prácticos— que ella usaba, databan de siglos anteriores. Por su parte, ella estaba segura de que las influencias extranjeras habían provocado que sus colegas adoptaran una cultura diferente por completo a la propia. A su vez, desde hacía ya un buen tiempo, ellos se habían dado por vencidos en sus intentos por hacerla cambiar. Marilena tampoco

era tan ingenua como para no darse cuenta de que el espejo no mentía. Sabía que ninguna cantidad de maquillaje la cambiaría interior o exteriormente.

Física y mentalmente, Marilena vivía en su propio mundo; algo que ella no habría cambiado ni por todo el oro del mundo. En las últimas décadas, una avalancha de progreso en diferentes áreas había transformado su anticuada y pintoresca tierra natal, de un lugar con el nivel de vida más bajo de Europa a una maravilla de la tecnología. Marilena podía prescindir de todo. Le bastaba con todo lo que tenía en su mente prodigiosa, la cual florecía gracias a su insaciable curiosidad.

Tal vez ella había nacido en el siglo equivocado. Se complacía en el hecho de que ninguna otra nación de Europa Oriental —aparte de su amada Rumanía— podía jactarse de ser descendiente de los antiguos romanos. A pesar de saber muy bien que las mujeres rumanas modernas ya habían adoptado la manera de vestir, hablar, bailar y de comportarse de sus modelos occidentales, aún se resistía a participar en el afán desmesurado por alcanzar una mejor condición física. Tanto así que se negaba a practicar ciclismo, trotar, ir de excursión o escalar montañas; actividades que ya habían alcanzado niveles obsesivos entre sus contemporáneas.

Marilena sabía con certeza lo que el mundo —fuera del pequeño apartamento apilado de libros y computadoras en el que ella y su esposo habían vivido por seis años— le podía ofrecer. Salvo una esporádica incursión en el autobús, por razones que ni ella misma podía recordar, nunca alteraba su rutina. Consistía en caminar las cuatro cuadras hasta la estación para luego ir por diez minutos en el autobús hasta llegar a la universidad donde era profesora de literatura.

Sorin prefería usar su vieja bicicleta, la cual llevaba hasta su oficina y al final de cada día la subía hasta su apartamento en el cuarto piso, a pesar de carecer del espacio necesario.

En realidad, esta faena de esconder su bicicleta no era sino el reflejo de su desconfianza en la humanidad. Marilena no

podía contradecirle en este aspecto, ya que todos sus conocidos —aunque censuraran las creencias religiosas, en particular las relacionadas con la naturaleza pecaminosa de la humanidad— de presentárseles la oportunidad, se habrían aprovechado hasta de sus mejores amigos sin siquiera vacilar ni por un instante. Tal parecía que todos —excepto la misteriosa emigrante rusa, quien dirigía las reuniones cada martes por la noche en el vestíbulo de la biblioteca local— caían dentro de esta categoría. Aunque llevaba ya asistiendo varios meses a estas reuniones, Marilena no tenía una opinión definida de los otros —más o menos— treinta participantes; Viviana Ivinisova, en cambio, le producía cierta reacción en lo más profundo de su ser.

La señorita Ivinisova, una mujer en sus treinta años de edad, con cabello entrecano, de buen vestir y atractiva, parecía también congeniar con Marilena. Ella parecía que le hablaba directamente a Marilena. Sus sospechas se confirmaron cuando decidió quedarse unos minutos después de la duodécima reunión para preguntarle algo y la líder la invitó a que tomaran algo.

Con su montón de libros y carpetas apretados contra su pecho mientras caminaban, Viviana le recordaba a Marilena sus colegas de la universidad. Pero aunque la señorita Ivinisova era muy inteligente, no era una catedrática.

—Esto que ves —le dijo mientras señalaba su cargamento de materiales y apuntes—, es mi trabajo a tiempo completo.

¡Qué privilegio!, pensó Marilena, ya que para ella no existía causa más digna que la de desarrollar su propia mente.

Encontraron un pequeño restaurante casi desierto solo a una cuadra de distancia de la parada del autobús. Se sentaron alrededor de una diminuta mesa redonda y sin pérdida de tiempo Viviana inició la conversación.

—¿Sabes el significado de tu nombre?

—Luz de amargura —contestó Marilena mientras se sentía enrojecer.

Viviana asintió sin quitarle la mirada.

—No veo la importancia de eso —declaró Marilena y se encogió de hombros.

—¡Ah! Yo sí —dijo Viviana—. De hecho el significado de tu nombre es muy importante. «A-mar-gu-ra» —repitió pausadamente—, pero no tiene que ser tan negativo como parece. ¿Podría, talvez, implicar tristeza o hasta un poco de soledad? ¿Una sensación de vacío? ¿Una brecha? ¿Algo incompleto?

Marilena tomó su vaso con rapidez y salpicó algo del vino antes de que alcanzara sus labios. Atragantándose con un gran sorbo que la hizo toser, se secó ligeramente la boca con una servilleta.

—Bueno, no tengo ninguna sensación de vacío y siento que mi vida está completa —contestó.

Marilena no pudo mirar directamente a los ojos de Viviana. Con la cabeza inclinada hacia un lado y con una sonrisa de labios cerrados, ella se había dedicado a escudriñarla minuciosamente.

—Veo que en tu vida hay algo relacionado con «luz» —dijo la señorita Ivinisova—. En cuanto a la «amargura», lo que quiera que esta represente, veo que está balanceada.

—Más bien pienso que el caso fue que a mi difunta madre simplemente le gustó este nombre —replicó Marilena—. No creo que ella se haya puesto a pensar mucho en su significado.

—Pero tú sí lo has hecho.

Sí, Marilena quiso decir. *Sí, he pensado en este significado y lo he analizado, tal como lo analizo todo.* Pero le pareció que darle tal respuesta resultaría demasiado jactanciosa.

Marilena pensó: *¿Qué pasó con el modo reservado de ser de los europeos? ¿Por qué son los rusos tan directos?* Desde luego que la señorita Ivinisova no era tan insensible como los norteamericanos, pero así y todo, le faltaba ser más diplomática. De todas maneras no le guardaba resentimiento, ya que de alguna manera misteriosa —la cual le parecía positiva y negativa a la vez— esta mujer había

tomado mucho interés por ella. Aunque si bien era cierto que Marilena no estaba totalmente de acuerdo con los esfuerzos de la rusa por traspasar los límites de la privacidad personal, tampoco podía negar que este tipo extraño de atención la halagaba un tanto.

—Tu esposo ya no viene contigo a las reuniones —dijo Viviana.

Aunque a Marilena este comentario le pareció como un intento por cambiar el tema de la conversación, sabía que más bien se trataba de otro ataque directo; algo así como un sondeo encaminado a forzarla a mostrar su lado de resentimiento y amargura. Una cosa era clara: La señorita Ivinisova creía que el nombre de una persona era un augurio significativo. A Marilena esto le pareció algo poco intelectual, razón por la cual Sorin ya no venía a las reuniones semanales.

—Él no es creyente —dijo Marilena al tiempo que movía la cabeza.

—No es creyente —repitió Viviana, sonriendo mientras encendía un cigarrillo—. ¿Eres feliz con él?

—Sí, dentro de lo razonable.

La señorita Ivinisova arqueó las cejas, mientras que Marilena por su parte se esforzaba por no bajar la guardia.

—Él es muy inteligente —añadió Marilena—. Uno de los hombres más educados que jamás he conocido.

—Lo cual te hace «razonablemente feliz».

—Hemos estado juntos por ocho años —respondió Marilena asintiendo con cierto pesar.

—Cuéntame cómo se conocieron —pidió Viviana al tiempo que empujaba su silla hacia atrás y cruzaba las piernas.

Marilena seguía tratando de explicarse por qué esta insistencia por invadir su vida privada le continuaba produciendo tal efecto de doble sentido. Al tratarse de otra persona, su respuesta habría sido: «No te conozco lo suficiente como para contarte acerca de mi vida privada». Sin embargo, muy a pesar de la manera tan directa de ser de su interlocutora, Marilena se sentía objeto de un tipo especial de cuidado,

atención, compasión e interés. Se sentía ofendida y halagada a la vez.

—Tuvimos algo así como una aventura amorosa —comenzó Marilena a explicar con una leve sonrisa.

—¡Ah! —exclamó Viviana, inclinándose hacia delante y apagando su cigarrillo—. Cuéntame todo. ¿Entonces él estaba casado?

—Sí, pero no era feliz. Ni siquiera usaba su anillo de matrimonio, aunque aún se le veía claramente la marca blancuzca que este le había dejado en el dedo.

Al recordar los tiempos en los que era estudiante de doctorado —bajo el tutelaje de su extravagante profesor, enamorado de la literatura clásica—, Marilena se sintió envuelta en una ola de nostalgia. Por sus trabajos, su participación y sus preguntas en clase, él se había dado cuenta de que ella realmente tenía un interés genuino en la materia. Los dos solían enfrascarse en sus diálogos en clase y los demás estudiantes parecían satisfechos con solo asumir el papel de sencillos espectadores.

—Para mí, él era un dios —dijo Marilena—. Me parecía que sabía de todo. No podía tocar algún tema que él no lo hubiera ya estudiado en detalle. De pronto supe lo que era el amor, no quiero decir que creí amarlo, pero siempre esperaba con ansiedad el momento de regresar a su clase. Me dediqué de lleno a mis estudios a fin de estar siempre preparada. Siempre he vivido para estudiar, así que comencé a desear con todas mis fuerzas poder llegar a ser digna de su admiración; que me considerara de su mismo nivel, no como intelectual sino más bien como una compañera en pos del conocimiento.

Marilena creyó que eran los efectos del vino los que la habían hecho revelar tantos detalles de su vida privada con semejante sinceridad y emoción; como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo y menos aún a una persona prácticamente desconocida. Desde luego que para Marilena, Viviana Ivínisova era ahora el vivo recuerdo de cómo en años anteriores Sorin le había llamado la atención de una forma

tan intensa. Lo que la atraía hacia esta mujer no era tan solo el vasto conocimiento que esta parecía poseer sino además el hecho de que se interesara tanto por su vida y su disposición de ayudarla a conocer un mundo completamente nuevo para ella. ¿Cómo podía saber Viviana quiénes iban a responder positivamente con verdades muchas veces consideradas mitos o cosas sin sentido más allá del mundo intelectual académico? ¿Qué pensarían los colegas de Marilena de todo esto? Bueno, ella sabía qué pensarían. Sencillamente la verían del mismo modo en el que ahora Sorin la veía. En el caso de él, lo que verdaderamente estaba pensado acerca de la señorita Ivinisova y de sus enseñanzas era evidente por su actitud indiferente y el hecho de que en casi tres meses —apenas después de la segunda semana de iniciarse las reuniones—, había dejado de asistir.

—¿Entonces fuiste tú la que trató de persuadirlo a que se interesara en ti? —preguntó Viviana.

—Ni siquiera se me ocurrió, aunque sí es cierto que fui yo quien se interesó en su capacidad intelectual. Deseaba estar cerca de él, junto a él, en su clase o de cualquier otro modo. Fue él quien se interesó por mí.

—¿De verdad lo crees así?

—Sí. Fue él quien me pidió que fuera su auxiliar. Al momento me pareció que esto se debía a un interés puramente académico. Aún así, sabía que de ninguna manera consideraba que yo podía estar en su mismo nivel intelectual, pero me permitía figurarme que por lo menos respetaba mi curiosidad intelectual y mi deseo insaciable por aprender.

—No estabas acostumbrada a esa clase de atención por parte de un hombre —dijo Viviana, quien ni siquiera pestañeaba.

De esto a Marilena no le cabía ni la menor duda. Rara vez entablaba conversación con un hombre. No solo porque no le había coqueteado a los miembros del sexo opuesto, sino porque pensaba que ninguno de ellos podía jamás sentirse atraído hacia ella. Mucho menos el doctor Carpatia. No se lo

imaginó posible, ni siquiera después de que insistió en que lo llamara Sorin, ni después de que la invitara a cenar y pasar tiempo con él después de las horas de oficina.

A Marilena no se le ocurrió pensar que algo más estaba sucediendo. Aunque el trato de él se había tornado más informal, dándole palmaditas en el hombro, apretándole la mano, poniendo su brazo alrededor de sus hombros, ella consideraba que estos eran gestos de compañerismo. Debido a que Sorin era diez años mayor que ella, hasta se le ocurrió pensar que él solamente le tenía un afecto más bien paternal.

—Pero en algún momento debiste haberte dado cuenta de sus sentimientos hacia ti. Después de todo, te casaste con él —dijo Viviana.

—La primera vez que acepté su invitación para ir al apartamento en el cual ahora vivimos —explicó Marilena—, pasamos la mayor parte de la noche discutiendo grandes temas literarios. Él preparó la cena —muy mala, por cierto—, pero no me atreví a estar de acuerdo con él cuando él mismo lo reconoció. Luego miramos dos películas. La primera de un tema sombrío, de los que le obligan a una a pensar profundamente. Con confianza, él se sentó y se reclinó junto a mí. Ni siquiera en ese momento me di cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Si no me equivoco, la siguiente fue una película romántica, ¿verdad? —preguntó Viviana con ojos inquietos.

¿Es que acaso las cosas eran así de predecibles? ¿Era este otro de los dones de Viviana? En las reuniones, a menudo ella había demostrado su capacidad de predecir el futuro, pero ¿tal vez conocía también el pasado?

—No fue una comedia —dijo Marilena—. Más bien fue una historia de amor llena de sufrimiento.

—¿Amor verdadero?

—Sí.

—Cuéntame.

—¿Qué cosa?

—Cuéntame, ¿cómo te sedujo?

—Yo no dije eso.

—Pero te sedujo, ¿verdad? Estoy segura de que lo hizo.

—Bueno, puso su brazo alrededor de mí y lo mantuvo así. Durante las escenas más cargadas de emoción, me apretaba contra él.

—Te quedaste con él toda la noche, ¿verdad?

Sorprendente la deducción de la señorita Ivinisova. Aquella noche, después de haber hecho el amor, Sorin la mandó a que buscara sus pertenencias y viniera para su apartamento.

—Muy poco caballeroso de su parte —continuó Viviana—. Con razón la relación de ustedes no duró mucho tiempo.

—Pero sí ha durado.

—Ustedes nada más viven juntos y tú lo sabes bien —afirmó Viviana mientras sacudía la cabeza en obvia señal de compasión. Ustedes son más bien como hermano y hermana, no como esposo y esposa. Ya ni duermen juntos.

—Tenemos solamente una cama.

—Sabes bien a lo que me refiero.

—Pero de todas maneras, yo nunca quise eso. En realidad nunca quise otra cosa, estaba cautivada con el intelecto de Sorin. En verdad todavía lo estoy. No hay alguien más con quien me interese conversar o discutir ideas.

—¿Nunca lo amaste?

—Nunca pensé en eso. Su seducción, como tú la llamas, fue el pretexto que me permitió conseguir lo que yo más quería: Estar cerca de semejante mente tan brillante. Sí sé que él nunca me amó.

—¿Cómo sabes que nunca te amó?

—Me lo ha dicho muchas veces . . . al no decírmelo.

—¿Nunca te ha dicho que te ama?

Marilena asintió, y una emoción extraña la envolvió. ¿Por qué? ¿Acaso era esto lo que siempre había anhelado escuchar de sus labios? ¿Había siempre deseado que Sorin la amara y que se lo dijera? Se había convencido a sí misma de que no le interesaba para nada.

—Seguro he sido una amante muy torpe.

—¿Él perdió el interés en ti?

—En cierto sentido. Pero aún pasamos horas enteras hablando, leyendo y estudiando juntos. Todavía disfrutamos tales actividades.

—Pero ya no existe el romance.

—No. Pienso que el «romance» desapareció apenas pocos meses después de su divorcio y dentro de los dos años posteriores a nuestro matrimonio, salvo en el caso de sus «necesidades», —dijo ella con el mismo énfasis con el que él solía mencionarlas—. Quién sabe ahora dónde va o a quién recurrir cuando tiene sus «necesidades».

—¿No te importa?

—No pienso en eso. No me casé con él por esa razón. Soy una estudiante innata y vivo con un maestro innato. No soy una persona apasionada físicamente ni mucho menos. Tengo todo lo que necesito y quiero.

Una vez que las dos mujeres se encontraban de vuelta en la calle, caminando hacia la parada del autobús, Viviana sujetó por el brazo a Marilena.

—Estás mintiendo —le dijo, y Marilena se sintió invadida, por primera vez desde su infancia, por un gran sentimiento de culpa—. Estamos acercándonos a tu amargura, a tu soledad, al vacío en tu alma, ¿verdad?

Marilena se alegró de que para no tropezar en la oscuridad, forzosamente tuviera que mantener su mirada fija hacia delante. No habría podido enfrentar cara a cara a su nueva mentora. *Mi alma*, pensó. Hasta hacía unos pocos meses atrás, no había creído que tuviera alma. Las personas religiosas eran las que creían en el alma, y ella era cualquier cosa menos eso.

Marilena estaba deseosa de que el autobús viniera y se la llevara. Sabía que al llegar a su apartamento tendría que enfrentar el desconcierto de Sorin ante su nuevo interés —acerca del cual él solía decir: «Cualquier ser pensante, incluyéndote a ti misma, lo consideraría un suicidio intelec-

tual»—, pero era mejor que continuar bajo el implacable examen del preconocimiento de Viviana.

Al llegar a la parada del autobús, las dos se sentaron en una banca. Marilena todavía tenía la esperanza de que algún extraño se sentara junto a ellas e interrumpiera todo esto.

—Has descubierto algo dentro de ti misma, algo más allá de lo que te he enseñado —expresó Viviana.

¡Cuán cierta era tal aseveración! En realidad era muy cierta.

—Las primeras veces que esta inquietud, esta ansiedad, te embargó, trataste de ignorarla. Te repetías a ti misma que ya lo habías discutido con Sorin, que era ya un asunto olvidado. Él ya tenía una familia. Además, el apartamento era muy pequeño. No podías interrumpir su trabajo. Era algo imposible de realizarse.

Marilena se puso tensa y no podía negar que todo lo que acababa de oír era verdad. Se soltó del brazo de Viviana y se cubrió la cara con las manos. ¿Cuánto tiempo hacía desde la última vez que había llorado? Esta gran ansiedad, como su mentora la llamaba, la había estado acosando hasta el punto en el que se había visto obligada a rechazarla con todas sus fuerzas. «Imposible de realizarse» no era suficiente para describir la realidad de la situación. Ella no deseaba tener un hijo de Sorin, especialmente si él no lo quería. Tampoco quería engañar a su esposo para quedar embarazada. Era absurdo pensar que, después de tantos años de tratar de ignorar el hecho de que él satisfacía sus «necesidades» en algún otro lado, ella iba a comenzar de nuevo a ser su amante hasta obtener el resultado esperado.

El ruido del autobús acercándose le produjo a Marilena un gran alivio. Se puso de pie y comenzó a buscar dentro de su cartera su tarjeta de transporte.

—Hablaremos la próxima semana —le dijo Viviana mirándola de frente mientras la sujetaba por los hombros—. Pero antes déjame asegurarte que tengo la respuesta que necesitas, mi «amargada». Tengo la luz que necesitas.

Raimundo Steele, con sus nueve años de edad, corría en la cancha de fútbol de la escuela primaria Belvidere, esquivando la defensa y esperando un pase de Roberto Stark. Atravesó por el medio campo a pocos metros de distancia de la portería y aunque el pase le vino desde atrás, con rapidez se acomodó, se dio la vuelta y controló la pelota con los pies. Venció a los dos defensas y corrió hacia la portería pero el portero salió a su encuentro.

—¡Bravo, Raimundo, bravo! ¡Qué buen jugador!

Era su padre dándole ánimo de nuevo. Lo cierto era que Raimundo hubiera preferido que se callara. Se sentía avergonzado, ya que su «viejo» era realmente viejo. Su padre y su madre eran más viejos que los de cualquier otro estudiante y lucían aún mayores de lo que eran.

En cierta ocasión el padre de uno de sus amigos vio a Raimundo caminando en compañía de su papá hacia el auto.

—¡Qué bueno que tu abuelito haya podido venir para verte jugar! —le dijo el hombre.

—¿Abuelito está aquí? —preguntó Raimundo sin darse cuenta. Al otro señor y al papá de Raimundo el malentendido les pareció chistoso. Raimundo se metió de un salto en el destartado automóvil de sus padres y escondió la cabeza.

A Raimundo, aunque cometía errores, todo le salía bien. Pretendió ir a la izquierda y fue hacia la derecha pero, de todas maneras, el portero no lo perdió de vista. Entonces retrocedió e hizo rebotar la pelota en el pecho del portero, a fin de luego recuperarla, y lo logró. Habiendo puesto fuera de lugar al portero y mientras los defensas corrían hacia él, Raimundo pateó calmadamente la pelota a la izquierda hasta dejarla dentro de las redes.

Se quitó de encima a sus compañeros de equipo, quienes trataban de levantarlo en hombros en un gesto de celebración. No entendía por qué actuaban de una manera tan tonta y exagerada. Después de todo no estaban jugando por el campeonato ni nada por el estilo. Tampoco había anotado un

gol decisivo. De hecho, todo lo que significó fue que ahora el equipo de Raimundo iba ganando por 7 goles a 1. Además, pensaba que no había motivo para tanta celebración, ya que el equipo contrario no había ganado ni siquiera un partido en toda la temporada.

Raimundo Steele era muy buen futbolista, pero en realidad no le gustaba el juego. Le parecía que requería demasiado esfuerzo para obtener pocos resultados. Además, no le gustaba mirar los partidos por televisión. Pensaba que tanto correr de un extremo a otro de la cancha y tanto despliegue del envidiable talento de jugadores de talla internacional, solo para obtener un partido empatado sin anotaciones que al fin tenía que ser decidido por penales en tiempo suplementario de juego, no valía la pena.

Jugaba solo con el fin de mantenerse en forma para sus deportes favoritos: fútbol americano, baloncesto, y béisbol. Sin embargo, en honor a la verdad, Raimundo era muy bueno para el fútbol, tanto así que era el mejor futbolista en toda la liga, el mejor anotador y uno de los mejores defensas. Además, a pesar de ser tan joven, la atención de las porristas en él era evidente. Así y todo, no era de los que entablaban con facilidad conversación con muchachas. No sabía qué decir. Pero aunque toda esta atención le resultaba algo vergonzosa, tampoco iba a dejar de jugar lo mejor que podía solamente para evitar ser el centro de tantos halagos.

Aparte de que Raimundo era más alto que los otros niños, también sobresalía de manera extraordinaria en otros aspectos, tanto así que podía ser considerado una anomalía. En primer lugar, corría largas distancias mucho más rápido que cualquier otro niño de su edad; inclusive era más veloz que los niños mayores que él. Cuando el equipo corría unas vueltas alrededor de la cancha, él arrancaba rápidamente tomando la delantera, la cual mantenía hasta el final. Al terminar, todos estaban enrojecidos, sin aliento, doblándose de agotamiento y apoyando las manos sobre las rodillas. En cambio, Raimundo se recuperaba con rapidez y comenzaba a conversar con su

entrenador. Tal vez habría sido mejor que el entrenador no le hubiera dicho a su papá: «¡Su hijo es un excelente atleta! ¡Excelente!»

En segundo lugar, Raimundo era también más rápido que todos en las carreras de corta distancia, algo poco común para alguien de su edad y estatura. Los corredores de larga distancia, por lo general, no eran buenos para las carreras cortas. ¿Cómo se podía explicar esto? Su papá afirmaba que cuando él fue niño, también había sido un gran deportista, pero eso debió ocurrir hacía muchísimo tiempo.

En tercer lugar, Raimundo era una anomalía por el mismo hecho de que sabía el significado de la palabra «anomalía», cosa que la mayoría de los estudiantes de cuarto grado no tenían ni idea. Como si esto fuera poco, era conocido también como el niño más hermoso de su clase. Aunque esto le hacía sentirse acomplejado, tenía que admitir que era preferible a ser considerado lo contrario. De seguro no envidiaba al niño gordo, a la niña fea, ni al niño torpe y menos agraciado. De alguna manera, tenía todo a su favor: el más inteligente, el mejor atleta, el más rápido y el más agraciado.

No obstante, nada de esto cambiaba el hecho de que aún se sentía avergonzado de sus padres y de su auto. Nadie seguía usando el mismo auto por tanto tiempo como lo hacía el papá de Raimundo. Gracias al hecho de que —al igual que en los demás autos de la misma época— el plástico polímero de su diseño original aún brillaba, su auto todavía no mostraba tantos indicios de desgaste. No obstante, todos sabían cuán viejo era, pues los fabricantes de autos ahora conseguían hacerlos lucir nuevos de dos maneras: cambiaban de modelos cada año y ofrecían una nueva gama de colores cada tres o cuatro años.

Cuando compraron el Chevy amarillo ya estaba usado. «No lo menosprecien», había dicho su papá. «Tiene poco kilometraje y como sé de autos, puedo ver que ha tenido un buen mantenimiento, por lo que nos durará muchos años».

Eso era lo que Raimundo temía. Parecía que otras familias

siempre compraban los últimos modelos, por lo que siempre tenía que aguantar a sus amigos cuando hacían alarde de todas las características especiales de sus nuevas adquisiciones. Raimundo recordaba bien la época de plata y platino, en la que los autos estaban diseñados para lucir como si pertenecieran a la primera década del nuevo siglo. Después vino la época de los colores primarios, que no duró mucho, excepto por ese Chevy que el papá de Raimundo estaba decidido a preservar por el mayor tiempo posible.

Raimundo cometió el error de expresar su intenso deseo de que el auto amarillo se quemara, fuera destruido o hasta que se lo robaran.

—¿Por qué, Raimundo?! —exclamó su madre—. ¿Por qué dices semejante barbaridad?!

—¡Ay, mamá! Todos saben que esa chatarra ya tiene, por lo menos, seis años.

—En años normales, tal vez —dijo el señor Steele—. Pero por la manera en que ha sido mantenido y por la manera en que yo lo he cuidado, se ve casi nuevo.

—Ese auto tiembla y hace toda clase de ruidos —murmuró Raimundo.

—Lo importante es el motor. Es lo bastante bueno para alguien como nosotros.

«Alguien como nosotros» era una de las frases favoritas de su papá, y ya que Raimundo sabía lo que quería decir, hubiera preferido no volver a escucharla por el resto de su vida. Sabía bien lo que iba a decir a continuación: «Somos solo gente sencilla y trabajadora».

En realidad, ser trabajador no era algo malo. Raimundo mismo era trabajador, estudiaba y se esforzaba por obtener buenas calificaciones en la escuela. Quería ser el primero de su familia en ir a la universidad y ahora, hasta para conseguir una beca para practicar deportes se requería de buenas calificaciones. Él llevaba las de ganar, gracias a uno de los deportes que tanto le gustaba, debería obtener el ingreso a una buena universidad. Si además obtenía un buen promedio en

sus calificaciones y mantenía su estado de liderazgo estudiantil, nada le impediría alcanzar su meta. A pesar de lo mucho que se sentía avergonzado de sus padres, para sus adentros aún quería darles motivo para que se sintieran orgullosos de él.

—¡Está bien, ya está claro que somos gente sencilla! —dijo al sentarse a cenar. Cada vez le costaba más quedarse callado. Todo lo que conseguía con esa su actitud era que sus padres lo recriminaran aún más.

—¿Qué tiene de malo ser sencillos y corrientes? —dijo estruendosamente su papá.

—Tu padre transformó su negocio de fabricación de maquinaria en el medio que trae la comida a la mesa . . .

— . . . y la ropa que llevo puesta. Ya sé, ya sé.

—y pagó por . . .

— . . . por la casa también. Ya sé, ya sé. Ya entendí, ya entendí.

—No sé qué te está pasando, Raimundo —dijo su mamá—. De buenas a primeras nos consideras poca cosa. ¿Quién te crees que eres?

Raimundo sabía que debería pedir disculpas. Se sentía como el mimado y necio que era. ¿Pero de qué le servía ser el niño más popular en el cuarto grado si vivía en la casa más vieja y dilapidada del vecindario? A estas alturas ya no quería discutir más porque sabía bien a lo que esto lo conduciría. Le recordarían que por lo menos la casa ya estaba pagada y que su padre no estaba endeudado. También le dirían que, aunque no tenían mucho dinero, había personas en este mundo en peores condiciones que la de ellos.

Raimundo solo deseaba conocer a alguna de esa gente tan desafortunada. En muchos aspectos sobresalía y era considerado el mejor, pero cada vez que subía o bajaba del auto de su papá se sentía humillado y, además, lo último que se le hubiera ocurrido era invitar a un amigo a su casa. En cambio, cuando visitaba las casas de los otros niños se imaginaba las posibilidades. *Algún día. Algún día*, pensaba.

—¿Me puedo retirar? —preguntó.

—Para decirte la verdad, jovencito, estaba a punto de enviarte a tu habitación por faltarle el respeto a tu padre, pero . . . —comenzó a decir su mamá.

—No te hagas cargo de lo que me toca hacer a mí —interrumpió su papá—. Si este joven se pasa de la raya, lo voy a . . .

—¿Pero qué, mamá? —dijo Raimundo.

—te hice tu postre favorito y pensé . . .

—¿Pastel de limón? ¡Bravo!

—No lo merece —aseveró su papá.

— . . . y pensé que, ya que jugaste tan bien . . .

—Lo comeré más tarde —dijo Raimundo mientras corría hacia su habitación. Él esperaba que su papá lo hiciera regresar, pero cuando se volteó para mirarlos desde las escaleras, sus padres —a la vez que sacudían sus cabezas— estaban mirándose el uno al otro con una mezcla de incredulidad y desesperación, que por poco lo hizo regresar por su propia cuenta.

¿Por qué tenía que comportarse de esa manera? No se sentía bien cuando trataba así a sus padres. Se sentía mal por ser un niño tan popular y por no tener todo lo que creía que debería tener. Pero bueno, si era verdad que el ser inteligente y trabajador le ayudaría a conseguir todo lo que quisiera en este mundo, entonces iba por buen camino.

La maestra de Raimundo le había dicho que no se sintiera acomplejado por ser el más alto de la clase. Pero tal consejo no era necesario ya que le encantaba ser alto. Sin embargo, su maestra había añadido: «Es solamente por una temporada, los demás te alcanzarán. Para cuando estés en el séptimo grado de seguro que ya no serás el más alto. Hasta algunas de las niñas quizá lleguen a ser tan altas como tú ».

Raimundo hubiera preferido que ella no le hubiera dicho tal cosa. Tenía la esperanza de que, si continuaba creciendo como hasta ahora, al llegar a la escuela secundaria alcanzaría a sobrepasar los dos metros de estatura. No había decidido

aún a cuál de sus deportes favoritos iba a dedicarse por completo —para poder obtener una beca para la universidad— pero se inclinaba más por el baloncesto. De hecho, ya había comprobado que la creencia popular de que los hombres blancos no pueden jugar tal deporte no era verdad. Así que, aunque no tendría que ser el más alto del equipo, ser uno de los más altos sería fabuloso.

Raimundo corrió a su habitación y cerró la puerta, como si al hacerlo lograra quitarse a sus padres de la mente. A pesar de que la casa era bastante pequeña, había hecho de su habitación un oasis para sí mismo. Del techo colgaban, suspendidas por cordones de nailon, maquetas de aviones desde los modelos más antiguos hasta aviones de combate y también los gigantescos transportadores supersónicos modernos.

Cada vez que alguien le preguntaba, en persona o por escrito, qué quería ser cuando fuera grande, invariablemente respondía: «Piloto o deportista profesional». Le fastidiaba sobremanera cuando los adultos le daban esas sonrisas con aire de superioridad, como insinuando que solo era un niño que no sabía de lo que hablaba. Esto le infundía aún más ganas de lograr sus metas. Raimundo ya había oído suficiente acerca de que el lograr una carrera como deportista profesional, en cualquiera de sus deportes favoritos, era casi igual a esperar ser alcanzado por un relámpago. Por otro lado, cada vez que expresaba su sueño de ser piloto, causaba que sus maestros y consejeros le recordaran una y otra vez cuán arduamente tendría que dedicarse a estudiar matemáticas y ciencias.

Ya lo sabía, ya lo sabía. Al menos su sueño de ser piloto no provocaba miradas y actitudes de superioridad y condescendencia por parte de los adultos que le oían. De hecho, esta meta era la más realista. Su papá era bueno en asuntos relacionados con la ingeniería, la producción industrial y cosas de ese tipo, quizás habría heredado su talento ya que daba la casualidad de que Raimundo —aunque era excelente en todas las materias— prefería las matemáticas y las ciencias.

Estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario a fin de lograr su meta. Sabía que por lo menos uno de sus sueños sería hecho realidad, y le daría lo que más anhelaba tener en este mundo: dinero. Este era su mayor incentivo. Sabía que el dinero era lo que distinguía las diferentes clases de personas. La gente que tenía los mejores autos de último modelo tenían más dinero que su papá. Aunque su papá afirmaba que lo más probable era que esas personas estaban endeudadas, Raimundo concluyó que estar un poco endeudado no sería del todo malo si así se lograba dar la apariencia de que se tenía mucho dinero.

El plan de Raimundo era aún mejor. Si no conseguía ser un deportista profesional y ganar decenas de millones, entonces sería piloto comercial y ganaría millones. Aparentaría ser un tipo con dinero . . . porque en realidad lo sería y no tendría que endeudarse en absoluto.